

La Lectura Popular



PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

COLECCION DE LOS ARTICULOS ORIGINALES DE «LA LECTURA POPULAR»

Van publicados dos tomos que se venden al precio de una peseta cada uno de ellos francos de porte en toda España. Al que tome doce ejemplares se le regalarán dos, y al que tome ciento se le regalarán veinte.

Dirigirse al editor, D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, 40, segundo, derecha, Madrid; acompañando el pedido con su importe.

LA CASA IGLESIA Y LA CASA CLUB.

O casa de Dios, ó casa del diablo: ó casa-iglesia, ó casa-club.

Una de estas dos cosas ha de ser por necesidad el hogar doméstico, según que impere en él de veras el Catolicismo, ó según que en él se haya dado franca entrada á la Revolución.

Es casa de Dios, si se rigen sus individuos por la ley cristiana en todo su rigor: con padres que manden como cristianos; con hijos que obedezcan como cristianos; con esposos que como cristianos se amen; con criados y trabajadores que como cristianos respeten, sirvan y trabajen, y como cristianos sean tratados y retribuidos. Una casa así organizada es copia exacta de la Iglesia de Dios, en la que es Dios honrado y servido, y en la que son las almas santificadas y conducidas á su debido fin. A la casa del cristiano así constituida llamó iglesia doméstica el Apóstol, y no pudo á fé llamarla mejor.

Es casa del diablo ó casa-club, si en ella no rige la ley de Dios, sino la salvaje y brutal libertad de cada uno, ó la voluntad, más salvaje y brutal todavía, de un déspota que solo sabe mandar á palos y porque sí. La casa sin Dios, como el Estado sin Dios, cae inevitablemente ó en la demagogia ó en el cesarismo. O grita allí cada cual por su cuenta y antojo sin otras trabas que las de su soberanía individual: ó manda allí uno solo, sin más ley que su capricho, ni más consideraciones que las de su orgullo de sultán. En ambos casos no hay sosiego, no hay paz: la familia no es el cielo de la tierra, como debería ser, sino el infierno anticipado.

La moda antigua, rancia y cristiana fué que la casa estuviese montada y regimientada en todo según la ley de Dios, como lo estaba también el Estado civil. Había una ley fundamental en la familia: esta ley eran

los diez mandamientos del decálogo y los cinco de la Iglesia. Esta ley se tenía por sagrada y por inviolable. El padre se creía sujeto á ella lo mismo que el hijo; el amo y la señora lo mismo que sus criados. Allí era verdad aquello, tan cacareado hoy día, de la igualdad ante la ley. Aquella ley era la misma para todos: su representante era el Crucifijo. Por eso ante el Crucifijo no había señor que no se postrase humilde como un criado, ni criado que no se reconociese ante Él tan noble y libre como su señor. Era el famoso nivel de aquella cristiana república, que miraba más á la nivelación de las almas que á la de las fortunas: porque sabía que, reconocida la igualdad del hombre espíritu, todo lo demás había de seguir como accesorio y accidental. Así el amo mandaba y el criado servía; pero tan hijo de Dios y tan súbdito suyo se reconocía el criado sirviendo, como el amo mandando. Aquello era libertad, muy liberal, si se me permite usar esta blasfema palabra. No había allí voluntad absoluta de nadie: por esto era libre la conciencia de todos, bajo el yugo único de la ley de Dios. Y si un padre mandaba lo que no podía mandar, ó un amo exigía lo que no podía exigir, la Iglesia decía al hijo ó al criado: «Primero has de obedecer á Dios que á los hombres. Muere antes que obedecer.» Y con esto no enseñaba, no, la rebeldia, ¡válgame Dios! no hacía más que poner en su verdadero punto la autoridad. Primero la ley de Dios, después la ley del hombre conforme á la ley de Dios. De consiguiente, primero la obediencia á la ley divina, después la obediencia á la autoridad humana, en lo que no se oponga á aquella primera ley.

¡Ah! ¡Esto era nobleza en el mandar! ¡Esto era dignidad en el obedecer! Dentro de esta órbita nobilísima se podía muy bien gritar con todos los pulmones y sin contradicción alguna: ¡Viva la ley! ¡Viva la libertad!

Toda familia cristiana estaba antes montada así, y no se consideraba familia cristiana la que no se regía por estas leyes. Hoy todavía alguna conserva por milagro el antiguo régimen; lo regular empero es que en la mayor parte de ellas rija el moderno liberalismo.

Aquella era la casa-iglesia, y su ley fundamental era la ley de Dios. Esta es la casa-club ó (si viste levita) la casa-parlamento, que lo mismo da. Su ley fundamental es el liberalismo.

¿Cómo se vive en la casa del día, tal como la ha hecho la Revolución desterrando

de ella á Dios? Si la casa es rica, vivese en ella en un dorado desorden; si es pobre, en un desorden asqueroso, que sólo se diferencia del anterior en faltarle el brillo de la riqueza. Vamos á verlo.

En la casa rica sin Dios, el padre y la madre suelen vivir en una cierta libertad mutua de acción, que permitiría creerlos solteros, si no atestiguase lo contrario su partida matrimonial. El padre vive más en el casino ó en el garito que en el doméstico hogar: la madre, si es de igual ralea, pasa su vida en los salones ó en los paseos: los hijos los cria por su cuenta la nodriza, y los viste y acompaña la niñera en su infancia: á los diez años los cuida á tanto ó cuanto al mes el colegio; á los quince empieza á corromperlos la Universidad; á los veinte rivalizan ya con los padres en disipación, libertad ó individual soberanía. Suele conocerse que son hijos de aquellos padres en que llevan su apellido y tienen algo de su fisonomía, mas no en otra cosa. Ni comen apenas en casa, ni duermen á menudo en ella; su familia la componen los cómplices de sus aventuras. Cásanse más tarde, para reproducir en su nueva casa un cuadro igual. Al morir los padres, visten los hijos un luto riguroso y ejemplar, es decir, según la ley del último figurín. El entierro es de lo más sonado, y la tumba suntuosa. El corazón frío como los mármoles de ella. Así se vive y así se muere en la casa de la familia rica sin Dios.

Si la casa es pobre, el cuadro es igual, con sola la diferencia de ser algo más sucio y más ruidoso. La taberna supe al casino; porque la taberna es el casino del pobre, como el casino es la taberna del rico. Los hijos entre tanto se educan en la calle ó en la plazuela, en vez de hacerlo en el colegio ó en brazos de la niñera en galante coloquio con el artillero ó cazador. Hay en casa gritos y peleas y trancazos y juramentos, en vez de la ceremoniosa indiferencia de los malcasados de buen tono. Suele intervenir en ellas la vecindad ó el alcalde de barrio, en vez de la Audiencia ó del Provisor. Se cuelgan de la pared retratos de Garibaldi y mamarrachos del periódico satírico-obsesno, en vez de cuadros de odaliscas ó desnudeces del paganismo. Se leen las desvergüenzas del romance callejero ó las invectivas republicanas contra el Cura, en vez de las novelas de Dumas y de los números de la *Ilustración*. Los hijos se emancipan más pronto y pegan tal vez á sus padres, ó los abandonan á los auxilios de la caridad, ó dan con ellos en el compasivo hospital.

Con que de pobres á ricos de esta clase

no media apenas otra distinción, que la de ser un palacio ó una zahurda el lugar de la escena, y la de representarla con camisa planchada ó con camisa sin planchar los protagonistas. El argumento del drama es igual, y podría bien titularse: «El liberalismo en la familia, ó liudezas de la casa sin Dios.»

Alguno encontrará exagerada la pintura, y como francos y leales vamos á dar sobre ella una explicación. En muchas casas, que no son ya cristianas, no se advierte todavía tan al crudo el desorden demagógico que acabamos de retratar. Se comprende perfectamente. Casas enteramente dejadas de la mano de Dios hay pocas todavía; porque aun cuando en sí no sean ya cristianas, viven no obstante en medio del Cristianismo. Y aun á pesar suyo han de recibir alguna influencia de él. Sus individuos llevan nombres cristianos y han recibido bautismo cristiano, practican siquiera por tradición ó rutina fiestas cristianas: un día de la vida practican la primera Comunión, y alguna vez al año han de postrarse siquiera por compromiso al pié de los altares. Puede ser además que en el fondo de esta caverna sin Dios brille tal vez como estrella en noche tenebrosa la piedad mal disimulada de una esposa que recibió buena educación, ó de alguna hija á quien su buena suerte hizo encontrar maestra más digna que sus padres. Así que ciertas familias impías de hoy aparecen de vez en cuando con lastres y resabios cristianos que hacen menos horrible á primera vista su fealdad. Pero ¡ay! ¡que este es lo accidental, y lo esencial es su ateísmo! ¡Ay, que esta superficial composición no basta á disimular el negro fondo de gangrena que corroe sus entrañas!

No hay hombre, sin embargo, por malvado que sea, que no desee arreglada su familia. Ocioso es, pues, amigo lector, que te pregunte si tu casa la quieres con orden ó sin él. O come, pues, y reflexiona.

Si quieres casa con orden, has de hacer que sea casa con ley. Y para ser casa con ley, has de ser tú el primero en sujetarte á ella. Tú que has de mandar, has de ser el primero en obedecer. La ley de tu casa no te la ha de imponer el Gobierno, pues hasta hoy no se ha inventado en los gobiernos poner un ministro de las familias, como hay ministro de la Guerra, ministro de Hacienda, ó de la Gobernación. En casa tú eres el rey y el ministro y el alcalde y nadie más. Si, fuera de Dios, no manda allí nadie más. Empieza, pues, por promulgar alta y solemnemente en tu casa la ley de Dios como ley fundamental. Clava en el lugar más visible de ella el severo y moralizador Crucifijo. Aquel es tu Jefe y de tu casa, y tú su lugarteniente, para gobernarla por El y según El. A quien le falte al respeto, repréndele y castigale seriamente como á reo de lesa majestad. Enemigos de su divina soberanía no los consientas en tu casa, ni en forma de compadres, ni en for-

ma de libros, ni en forma de dibujos, ni en forma de periódicos. Barrera cerrada para todos los enemigos de tu Dios. Los que van contra El van contra tí. Intransigente en eso y sin contemplación.

Reza con tu familia, lee con tu familia, pasea con tu familia, come y diviértete con tu familia, y así si un día has de llorar y gemir, de lo cual no escaparás, llorará y gemirá contigo tu familia para tu consuelo. Los hijos no suelen emanciparse de los padres sino cuando los padres han dado el mal ejemplo de querer emanciparse de sus hijos. Si se separa de su puesto la piedra central de la bóveda, ¿cómo se sostendrán los arcos que deben apoyarse en ella? Acostúmbrate, pues, á la vida doméstica, sin la cual no hay respeto á la autoridad. Huye del café y del casino que son los enemigos naturales de la casa, como la falsa amiga es la enemiga natural de la esposa verdadera. Lo que has de gastar con los amigos en el ruidoso salón, gástalo con tu mujer ó hijos en el pacífico hogar. No hay músicas como las que allí suenan, ni animada conversación como la que allí entretiene las recogidas veladas del buen padre de familia. ¡Infeliz! El dinero, el amor, los agasajos, la broma que desperdicias fuera de tu casa con tus compinches, son otros tantos robos que haces á la felicidad y ventura de las prendas de tu corazón, y tal vez á su moralidad y hasta á su eterna ventura!

* * *

Con que ya ven mis lectores el doble cuadro que les acabo de trazar. Por si gustan realizar el uno les acabo de dar reglas sencillas y que todos pueden cumplir. Para realizar el otro no necesitan regla alguna, sino echarse cuéstas abajo por todas las pendientes de la ancha vida. ¡Padres y madres! Si vuestra casa no es iglesia de Dios, sino rencoroso y abyecto club de todos los demonios, vuestra la culpa es y vuestra la responsabilidad. Tal como sea, vosotros la hicisteis y nadie más.

F. S. y S.

LA CONCIENCIA.

Cain con las greñas dispersas, seguido de su esposa y de sus hijos cubiertos con pieles de animales, llegó al caer de una tarde, al pié de una montaña. Su mujer y sus hijos le dijeron:

—Echémonos á tierra y durmamos.

Cain no podía dormir; permaneció despierto al pié del monte. Levantó por casualidad la cabeza, y en el fondo de los negruscos cielos vió un ojo muy grande abierto en las tinieblas, que le miraba fijamente.

—¡Estoy demasiado cerca! — murmuró estremeciéndose; y despertando á sus hijos y á su fatigada mujer, comenzó otra vez su precipitada fuga.

Continuaba con la palidez en el rostro, estremeciéndose al menor ruido, mirando atrás sin descansar, sin detenerse; pronto hubo llegado á las orillas del mar, en el

país en donde más tarde se estableció Azur.

—Parémonos,—dijo,—porque este asilo es seguro; detengámonos: hemos llegado á los confines del mundo.

Pero al sentarse vió entre los sombríos cielos el mismo ojo que él contemplaba. Entonces se apoderó de él un vértigo.

—¡Escondedme!—gritó.

Y con el dedo en la boca sus hijos contemplaban al abuelo que estaba fuera de sí.

Cain dijo á Jabel, padre de los que habitaban el desierto bajo tiendas de pieles:

—Extiende hacia este lado la tela de tu tienda.

Y la tela fué extendida, y cuando estuvo asegurada con pesos de plomo, preguntó Tsilla, la niña blonda, la hija de sus hijos, con voz dulce como la aurora;

—¿Veis algo todavía?

Y Cain respondió:

—¡Aun veo el mismo ojo!

Juval, padre de los que atraviesan las aldeas soplando la gaita y golpeando el tamboril, exclamó:

—Yo sabré construir una barrera.

Y construyó un muro de bronce y detrás colocó á Cain.

Y Cain dijo:

—El ojo me mira aun.

Henoc añadió:

—Es preciso construir un círculo de torres tan formidable, que nadie pueda acercarse á él. Edifiquemos una ciudad con su ciudadela, y la cerraremos despues.

Entonces Tubalcain, padre de los herreros, construyó una ciudad maravillosa. Mientras la edificaba, sus hermanos casaban á los hijos de Enós y á los de Seth; si alguien pasaba por allí, se le quitaban los ojos; por la noche se arrojaban flechas á las estrellas.

El granito reemplazó á las paredes de tela; unas piedras estaban unidas á otras con lazos de hierro; parecía aquello una ciudad infernal: la sombra de las torres extendía la noche por los campos vecinos; los muros tenían el espesor de los montes; sobre la puerta se gravaron estas letras: *Ni Dios pasa.*

Quando todo estuvo concluido colocaron al abuelo en medio de una torre de piedra, y allí permaneció inquieto y lúgubre.

—¡Padre mío!—preguntó con voz temblorosa Tsilla:—¿ha desaparecido?

Y Cain respondió:

—No, aun lo veo.

Y añadió:

—Quiero vivir debajo de la tierra como un muerto debajo del sepulcro. Nadie me verá, ni tampoco verá yo cosa alguna.

Se abrió una hoya y Cain dijo:

—Está bien.

Despues descendió él solo al interior de aquella sombría bóveda. Cuando estuvo sentado en su silla en la oscuridad, y luego que sobre su cabeza hubieron cerrado la puerta del subterráneo, Cain levantó su cabeza y quedó aterrado: el ojo estaba dentro de la tumba y le miraba fijamente.

Victor Hugo.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA

(Continuacion.)

54. Los obreros de la viña.

Despues que Jesús hubo hablado á sus discípulos sobre la recompensa de sus leales criados en el reino de los cielos, les contó la siguiente parábola: «Semejante es el reino de los cielos á un padre de familia que salió muy de mañana para ajustar trabajadores para su viña y habiendo convenido con ellos darles de salario un denario, los envió á suviña. Cerca de la tercera hora volvió á salir y encontrando otros en la plaza que estaban ociosos les dijo: Id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Volvió á salir á la hora de sexta y novena é hizo lo mismo; y cuando volvió á salir á la hora undécima se vió con otros que se estaban allí sin hacer nada y les dijo: ¿Qué haceis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha llamado á jornal. Entonces dicele: Id pues tambien vosotros á mi viña.

«Al venir la noche, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores y págalos su jornal, comenzando desde los postreros y acabando con los primeros. Venidos, pues, los que habían ido al trabajo cerca de la hora undécima, recibió cada uno un denario, y al llegar los primeros creyeron que se les daría más; pero recibieron igualmente cada uno su denario. Lo tomaron, pero murmuraban contra el padre de familia diciendo: Estos postreros tan sólo una hora han trabajado y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él por respuesta dijo á uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio, ¿por ventura no te ajustaste conmigo en un denario? Toma pues lo que es tuyo y véte. A estos últimos quiero darles tanto como á tí. ¿No me es acaso lícito hacer lo que me parece con lo que es mío? ¿Por ventura tu ojo es envidioso, porque yo soy bueno? Lo mismo sucederá en el reino de los cielos; los postreros serán los primeros y los primeros los últimos; porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.»

L. C. Businger.

VARIEDADES

Confesiones de un francmasón.

Un jóven de brillante carrera y de riesgo porvenir social por su fortuna, se encontró en casa de unos amigos suyos, en la que á altas horas de la noche hubo de verificarse Junta de una secta masónica para repartir títulos de socios. La confianza que el jóven inspiraba á algunos de los concurrentes, á los cuales profesaba cariño y amistad, y la curiosidad propia de los pocos años, fueron causa de que el inexperto mozo se quedara en la Junta y hasta ayudara á llenar diplomas y á repartirlos. El presi-

dente de la Junta profesaba cariño al jóven, y cuando los forasteros se separaron del local le habló de esta manera:

—Ha presenciado usted una junta de masones; ha visto usted que esto no parece malo, sino, por el contrario, muy bueno, porque sólo se ha tratado de ejercer actos benéficos: ha oido usted tambien que aquí hay verdadera libertad; mas libréle á usted Dios de creer en lo que ha visto y oido. La Masonería es una cosa muy distinta. En ella se pierde completa y absolutamente la libertad individual, y todos nosotros somos esclavos de la voluntad de otro ó de otros. Yo, añadió, he sido educado cristianamente como usted, he aprendido y practicado los mismos principios que usted, pero desgraciadamente en mala hora para mi ingresé en la secta: me han dado un grado superior en ella, y aun cuando estoy contrariando los sentimientos de mi corazón y obrando contra las verdades que alumbran mi inteligencia, no puedo separarme de la secta. Usted, prosiguió, tiene madre: por el amor de su madre, por lo más caro que tenga usted en este mundo, le aconsejo que no se afilie usted jamás á ninguna asociación secreta, porque, repito, perdería usted su libertad, y... sería usted un desgraciado. Yo pertenezco á ella, es verdad, pero mi corazón me dicta que aparte á usted de este gran peligro para su alma, su vida y su libertad.

NOTICIAS

Todo el mundo sabe que el revolucionario D. José Peris y Valero fué quica demolió en Valencia, cuando la gloriosa de Setiembre, la magnífica iglesia llamada de la Compañía de Jesús.

Pues bien, esa iglesia, gracias á la invencible constancia de los hijos de San Ignacio de Loyola, ha sido reedificada, y ha pocos dias ha empezado á celebrarse en ella el Santo Sacrificio de la misa.

¿Y saben ustedes por quién fué aplicada la primera que se rezó?

Por el alma de D. José Peris y Valero!

Así se vengan los cristianos de sus mayores enemigos.

Escriben de Monovar (Alicante) que hace pocas noches varios vecinos de la calle de la Isleta presenciaron una conmovedora escena.

Tres perros vagabundos, de esos que esperan las tinieblas de la noche para recorrer las calles en busca de alimento, encontraron en la de la Isleta un envoltorio de trapos, depositado junto al quicio de una puerta, y comenzaron á escarbar, olfateándolo.

Desarrollado el envoltorio por los perros, quedó al descubierto el cuerpo de una hermosa criatura recién nacida, próxima á sucumbir por asfixia, de no haber recibido á tiempo tan inesperado auxillio.

Dos de los nobles animales tendieron en el suelo y comenzaron á lamer las carnes

del recién nacido y á prestarle calor, mientras el tercero, lanzando aullidos arañaba la puerta de la casa más inmediata al lugar de la escena, no cesando en su trabajo hasta que los vecinos salieron á la calle para averiguar lo que ocasionaba tales demostraciones del perro.

Cuando el niño quedó en poder de aquellas honradas gentes, los animales siguieron su camino en busca de huesos que roer.

Y dicen que no hay providencia.

¡Vaya que la hay!

A las nueve de la noche del sábado 18 de Diciembre fué asesinado casi á la puerta de su casa, calle de Luchana, núm. 7, un jóven llamado D. Antonio Garcia Vao, redactor de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*.

Parece que un desconocido que vestía blusa y gorra, le asestó una puñalada por la espalda, huyendo despues sin que hasta la fecha haya sido detenido. El herido falleció en su domicilio á la una de la madrugada.

Lo notable del caso es que los periódicos que se ocupan de este crimen manifiestan, sin que podamos atinar en qué indicios se fundan, que el difunto Garcia Vao fué herido por equivocacion, tomándole por otra persona.

Continúa la guerra á los conventos en toda Italia. En Verona, los padres conventuales, los encargados de los enfermos y los del Oratorio han recibido la orden de evacuar sus conventos. Otro tanto ha sucedido con los padres Scolonos de Módena. Las religiosas de Santa Lucia, en Rieti, han recibido sucesivamente en el espacio de algunos dias tres órdenes contradictorias relativas á su permanencia en el convento.

En Faenza, las religiosas de San Maglorio que pronunciaban sus votos despues de los decretos de supresion de las Ordenes religiosas, han tenido que abandonar su convento, han hallado felizmente refugio entre las familias católicas de la localidad. Este rasgo se renueva por doquier que es decretada la expulsion, y los católicos reparan así con su generosidad las medidas inhumanas llevadas á cabo por los llamados defensores del a libertad.

Para los que creen que la masonería es sólo una institución de beneficencia, extractamos la circular que acaba de publicar el Gran Oriente de Italia marcando á sus adeptos reglas de conducta para con las diversas clases:

1.ª Para con los Gobiernos.—Es preciso alabar las obras que han hecho, sobre todo las de supresion de las Ordenes religiosas, la incautación de sus bienes y destruccion del poder temporal, cuyos tres hechos constituyen la base del movimiento masónico de Italia.

2.ª Para con el pueblo.—Hacerle creer que la masonería no tiene fin político, ocupándose únicamente en beneficio de la paz y de la libertad. Que no ataca al Catolicismo, sino al clericalismo, que ha corrompido

